

Cronica

La extraña sensación que aquel anciano me produjo no se debía a los ochenta y tantos años que debía tener, pero que en modo alguno aparentaba; tampoco el haberlo encontrado tan súbitamente, tan repentinamente, sentado en el banco de la plaza. No, no era nada de eso, sino la sensación de haberlo conocido antes, de toda la vida.

Y aunque no suelo hablar con desconocidos, así, sin más, en seguida entablamos una conversación: mi desconfianza inicial y las sospechas que rápidamente me invadieron se disipaban a medida que avanzaba el diálogo. Y entre cada gastado lugar común (la inflación, el clima, los deportes) notaba una cierta simpatía y hasta rastros de bondad en las palabras de mi circunstancial vecino.

Era asombroso y a la vez tan agradable la forma tan sencilla con la que intercambiábamos ideas, comunes todas. No puedo negar que percibí en el tono de su voz las inflexiones de un maestro, el matiz con el que hablaría alguien que se sabe un tanto más experto que su interlocutor, más sin embargo ve en él a alguien sumamente semejante, que comulga con sus pensamientos.

No sé cuánto tiempo charlamos, pero pasado un lapso, mi reciente amigo se levantó y me dijo que había sido un placer encontrarnos pero debía marcharse. Ya temeroso de la despedida, le rogué que me diera su nombre y algún sitio dónde localizarlo para continuar con nuestra plática; y sólo por el hecho de hablar, porque confieso que no recuerdo absolutamente nada de nuestra conversación, excepto las tonterías iniciales.

Aceptó sonriendo; de algún lugar sacó un papel y me pidió algo para escribir.

- Hijo, -decía- búscame. Seremos buenos amigos, te lo garantizo. Verás que podemos hablar de muchas cosas, más de las que te imaginas.

Garrapateo algo. Escribía muy torpemente.

- Eso espero -respondí, mientras recibía el papel, cuidadosamente doblado a la mitad. Lo guardé sin leerlo-.

Volví a casa, estúpidamente maravillado al ver como, por más que lo intentaba, no lograba pensar en nada. Si, se confirmaba lo que él había profetizado: yo también presentía que un lazo fortísimo nos unía. Busqué el papel que me había entregado. Fue bastante curioso: su nombre y dirección eran idénticos a los míos.

El Abismo

Las dudas fueron sustituidas -no sin algo de vacilación- por la certeza de que debía hacer algo. La inmensa turba caminaba justa hacia el precipicio y, al parecer, ni siquiera lo había notado. Cuando estuve más cerca de ellos, creí haber comprendido por completo: todos eran ciegos. Me acerqué hasta uno de los primeros del grupo, lo sujeté por un brazo y le previne, espantado.

- ¡Imbécil! -me gritó- ¡Déjanos en paz, no te metas en nuestros asuntos!

Con una fuerte sacudida me empujó y caí al suelo; y aún repetí mi advertencia.

- ¿No ves que es eso lo que queremos, probar que el abismo sólo existe para ustedes, los videntes? Lo que no podemos ver no existe, no está allí. Haz la prueba: cierra los ojos y camina como si un puente de hierro te sostuviera. Pero claro... nunca lo intentarás, porque eres sólo otro idiota.

Y todos seguían caminando mientras él hablaba. Me incorporé, desesperadamente. Pero ya todos habían desaparecido, no tuve oportunidad...

Ahora, cada vez que veo un ciego acercarse al desfiladero, simplemente le deseo feliz aterrizaje.